

Origen y visión de la Academia de Ciencias Médicas

Por el Dr. Sarró

Señoras y señores:

En este acto solemne de conmemoración del 75 aniversario de la fundación de la Academia de Ciencias Médicas, creo que debemos dirigir nuestro pensamiento al momento de su fundación y tributar un emocionado recuerdo a los que fueron pioneros de la Entidad que, con el tiempo, tenía que convertirse en la Institución de mayor prestigio científico de nuestra ciudad.

Señores académicos, os ruego que con la imaginación os transportéis al 15 de enero de 1872. Nos encontramos en el número 12 de la Riera Baja. Contiene algunos muebles que ha sacado de su casa un estudiante que acaba de terminar sus estudios de anatomía y fisiología. Se llama SALVADOR CARDENAL. Encontramos allí varios compañeros suyos, algunos de los cuales serán ilustres en el día de mañana. Sus nombres nos inspiran veneración y respeto; se llaman: JOSÉ BARRAQUER, MANUEL RIBÓ, MANUEL DE VIURA CARREU, FRANCISCO DE SOJO, LUIS SUÑÉ MOLIST. Nos hallamos en el domicilio de «El Laboratorio», en el día de su constitución.

Es curioso, más aún, peregrino, ver que la futura Academia nace de un impulso rebelde que llega a rozar lo anárquico. La naciente sociedad, ya desde su misma cuna, entona un clamor que en Cataluña suele encontrar fácilmente eco contra el «verbalismo», es decir, contra lo que ellos califican de «vacuidad y falta de concepto a que conduce la enseñanza puramente oral de la Ciencia Médica», en cuyas palabras ya se marca una oposición a la Facultad de Medicina o, por lo menos, a un sector de ella. En otro acuerdo, que para nosotros tiene carácter más puramente anecdótico, se marca lo que hemos calificado de matiz anárquico y es reflejo, a un tiempo, de la época y de la juventud exaltada de los fundadores. Así, en el capítulo IV del Reglamento de 1894, leemos estas palabras tan altisonantes como desprovistas de madurez: «En nuestro Laboratorio, modelo de pueblos libres, no ha habido hasta ahora ninguna especie de gobierno y dirección». Para soslayar el peligro, que consideran grave, de «entregar el gobierno de la Sociedad a un solo individuo», nombran una Comisión de Gobierno, un triunvirato. Mas como éste consta de administrador, presidente y secretario, resulta que, sin darse cuenta, aquellos sedicentes revolucionarios han nombrado una sencilla Junta Directiva.

En «El Laboratorio» se efectuaban experiencias de vivisección que por una parte les proporcionaron el honor extraordinario de una carta de felicitación de CLAUDE BERNARD, mientras de otra una repulsa del Ayuntamiento amenazán-

doles con «cerrar el local si continuaban tirando los restos de los animales a la calle». Para defenderse de las iras municipales, hubieron de fingir que operaban con animales muertos; la vivisección hubiera parecido, sin duda, crimen horrendo a los sentimientos de la época. Tanto PROUBASTA como FREIXAS censuran duramente la actuación municipal. A mi juicio, sin suficiente sentido de la relatividad histórica. ¿Cómo habrían reaccionado nuestros venerables presidentes al enterarse que en septiembre de 1944, según puede verse en uno de los últimos números del J. A. M. A., los profesores y estudiantes de medicina de Chicago han tenido que dirigirse, uniformados, en pública manifestación, para que cesara una campaña antiviviseccionista contra los laboratorios de Fisiología?

El título de gloria máximo de «El Laboratorio» es el de haberse unido en 1878 a otra entidad médica cuya vida era mucho más obscura que la de aquél; una Academia de Ciencias Médicas. De este maridaje nació la Academia en 5 de abril de 1878, es decir, nosotros.

Juzgo un acierto indiscutible de los organizadores del Cincuentenario de la Academia, en 1928, que considerasen como fecha fundacional de nuestra institución el año 1878 y no el 1872, renunciando a la tentación de hacerla seis años más vetusta. «El Laboratorio» no era todavía una Academia, a pesar de que su fundación debe considerarse como una fecha histórica, en cuanto posiblemente representa el esfuerzo más auténtico y decidido hecho en aquella época, para introducir en la Medicina española el nuevo espíritu médico representado por CLAUDE BERNARD y la Medicina experimental. A «El Laboratorio», para ser una Academia, le sobraban y le faltaban varias cosas. Veamos primero lo que le sobraba. En primer lugar, el espíritu político revolucionario que no sólo se reflejaba en el Reglamento, sino también, como nos cuenta Sojo, en las polémicas que suscitaba la exigencia de algunos socios de que existiera suscripción a periódicos políticos. La vida política es, sin duda, dimensión esencialísima de la existencia humana, pero no es menos evidente que la vida científica es un mundo autónomo no sólo suprapolítico, sino incluso supranacional.

También le sobraban a «El Laboratorio» la actitud de rebeldía frente a la Facultad de Medicina y Universidad. Nunca una Academia puede entrar en pugna con la Universidad, puesto que tiene funciones distintas que cumplir. La Universidad es una agrupación jerarquizada de profesores y alumnos. Una Academia es una agrupación cuyos miembros están todos virtualmente al mismo nivel. En este sentido encerraba una noción profunda de lo que es una Academia el programa de «El Laboratorio», reclamando la igualdad entre los socios. El error radicaba sólo en temer que una Junta pudiera menoscabar aquéllos.

Igualmente le sobraba a «El Laboratorio», para ser una Academia, precisamente el hecho de que su nombre no era mero rótulo, sino una realidad. Una Academia no es un laboratorio, es decir, un centro de investigación, sino una tribuna de exposición y libre discusión de cuestiones médicas. Así, si nuestra Academia ha dejado de titularse Academia y Laboratorio, es obedeciendo a una imposición lógica. Aún reconociendo que el laboratorio de la Academia hubiese contraído méritos de investigación, era algo extrínseco a la función de una Academia.

Hemos dicho lo que le sobraba. Nos resta decir lo que le faltaba a «El La-

laboratorio» para ser una Academia. Precisamente esto, la noción de lo que puede ser y no ser una Academia, y esta noción la adquirió desposándose espontáneamente con una obscura Academia de Ciencias Médicas. PROUBASTA, en su admirable discurso, se pregunta qué idealidades presidieron a su fundación, y contesta secamente: «probablemente ninguna». No creemos fuese justo PROUBASTA. Fué ciertamente una virtud el gesto innovador que representaba «El Laboratorio», pero también lo fué la fidelidad a una tradición secular. Sólo cuando el impulso revolucionario de «El Laboratorio» y su pretensión de ser el comienzo de la Medicina, quedó absorbido por el sentido de relatividad histórica inherente a una Academia, nació nuestra corporación. «El Laboratorio» por sí solo no habría sido más que un episodio histórico, pero al convertirse en una Academia, superó la contingencia de su nacimiento y se hizo partícipe de la grandeza de una institución, que todo permite presumir que con la ayuda de la Providencia, está destinada a ser secular.

Desde 1878, desde el momento mismo de su nacimiento, la Academia empezó la publicación de los «Anales de la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de Cataluña.»

En la presentación del primer número se formula un programa que en lo esencial es el mismo en el que hoy debemos inspirarnos. Tres cuartos de siglo es muy poco para cambiar las directrices de una Academia.

Los *Anales* serán exclusiva y modestamente lo que deben ser: *el eco fiel de la Corporación que los engendró*; y a la par que el propagador sincero e infatigable de la palabra de sus miembros, el archivo que guardará incólumes los frutos tan trabajosamente elaborados por la entusiasta generación médica que en su regazo se cobija.»

No menos bellos y luminosos son los conceptos finales:

«Cuando la Academia deje de funcionar por cualquier concepto, los *Anales* suspenderán también su publicación. Donde no hay sonido no puede haber eco; y éste enmudece necesariamente donde se extingue la palabra.»

Los *Anales*, que nacieron en la calle del Paradís, nombre que el doctor TRIÁS MAXENCs califica de «ben escaient», sin duda porque aquellos *Anales* estaban llenos de gracia genial, poseían un cuerpo de redacción constituido por los doctores TOMÁS LLETGET (presidente), E. GELABERT, J. CANUDAS, J. ALBIOL, E. SANCHÍS (secretario) y J. CASES MONTSERRAT (administrador).

Los *Anales* eran editados por Sucesores de N. Ramírez y Cía.; constaban de 24 páginas de texto; salían mensualmente, excepto los meses de vacaciones de la Academia; llevaban la numeración por cuadernos, de los cuales aparecieron catorce; eran repartidos gratuitamente a los socios numerarios, corresponsales y agregados, y el precio de suscripción para los no socios era de cuarenta reales al año.

El primer trabajo científico publicado en los *Anales* fué una conferencia que sobre *la teoría de Adhemar y los periodos glaciales del globo* dió el presidente doctor T. LLETGET. Este texto, cuya relación con la medicina es más que dudosa, llenó varios cuadernos. En el último número, es decir, en el 14, apareció el discurso inaugural del curso 1879-80, por el doctor S. CARDENAL, sobre el tema *Progresos de la Cirugía en el presente siglo*.

De estos primeros *Anales* se perdió hasta el recuerdo, puesto que cuando en 1907 aparecen los *Anales de Medicina* tienen el gesto cruel de no recordar a su legítimo y glorioso antepasado. TRIÁS MAXENCs, en su trabajo de 1928

desagravia piadoso y dolido a los primeros padres de nuestra publicación académica, y pide que se les dirijan «paraules d'amor i de gratitud, car mercès als *Annals* hem pogut conèixer la data exacta de l'origen de la nostra estimada Acadèmia i ajuntar-nos avui en abraçada fraternal».

El número 1 de los *Anales* de 1907 va precedido de una salutación, para nuestro gusto excesivamente altisonante, que puede leerse en el trabajo de TRIAS. Sólo transcribimos la frase de que la misión del Boletín es la de llevar el trabajo de la Academia «a les amples clarors mundial». Más precisas, pero también enfáticas —enfermedad de la época— son las palabras finales que pronunció PRESTA en la Memoria de Secretario de 1907-1908.

Compara la Academia, con inspiración no muy feliz, con un organismo que de tan pletórico necesita una sangría que por lo visto son los *Anales de Medicina* y expone con gran claridad su organización.

«El director es el presidente de la Academia. El Consejo de redacción lo forman los ex presidentes de dicha Academia, más los socios que voluntariamente se han comprometido a hacer determinado trabajo. Hay un Comité ejecutivo constituido por tres redactores: un redactor-jefe y dos secretarios. Son colaboradores todos los socios. Se admiten trabajos en todos los idiomas neolatinos y en esperanto. Publica en primer término las actas de la Academia, trabajos originales, los cuales a fin de que no pierdan nada de su valor, escribe el propio comunicante, como también aquellos que hacen observaciones o discuten casos y comunicaciones, escriben ellos mismos las ideas expuestas. En segundo término, van artículos originales; después, trabajos de Medicina práctica; los de crítica y análisis en último término.

«La vida económica de los *Anales* está asegurada por una subvención de la Academia, por las subscripciones y los anuncios, y, allí donde esto no llegue, por las cantidades ofrecidas por socios de buena voluntad que se subscribieron con este objeto. El éxito que hasta ahora ha tenido la publicación parece que la pone a cubierto de tener que apelar a este último recurso.»

El primer director de los *Annals de Medicina*, la revista príncipe de la medicina catalana escrita en lengua vernácula, fué el doctor R. BOTEY, presidente de la Academia el año 1907; el Consejo de redacción estaba integrado por los doctores S. CARDENAL, P. ESQUERDO, L. SUÑÉ MOLIST, A. ESQUERDO, M. A. FARGAS, V. AZCARRETA y J. BARRAQUER, ex presidentes de la Academia; redactor-jefe, doctor J. TARRUELLA; secretarios de redacción, doctores A. PRESTA y E. XALABARDER; administrador, L. BALCELLS, y redactores, doctores J. ANFRUNS, J. M. BARTRINA, C. COMAS, A. PRIÓ, L. ESQUERRA, G. ESTAPÉ, G. FERRET, B. GUILERA, F. MARGARIT, D. MARTÍ JULIÁ, E. MONTURIOL, B. OLIVER RODÉS, E. PEREARNAU, R. PLA ARMENGOL, F. PROUBASTA, H. PUIG SAIS, A. PUJOL BRULL, L. SUÑÉ MEDAN, A. RAVENTÓS, E. RIBAS RIBAS, J. M. ROCA, J. ROSELLÓ VILÁ, F. TARRADAS y P. UMBERT.

Publicaba un volumen mensual de 64 páginas de texto, editado por F. Badiá; la subscripción era de 10 pesetas para los médicos y de 5 pesetas para los estudiantes; la redacción y administración se hallaba en el local de la Academia, calle de la Puertaferriosa, 6, principal.

La marcha de los acontecimientos demostró que los *Annals* no eran ni «fruit d'un intent fecundat de morbós nerviosisme» ni tampoco exceso de vitalidad de un organismo que «vessa a fora la saba que li dona plètora». Los *Annals* fueron viviendo modestamente, sin gran pena y sin gran gloria, como

el organismo académico que los inspiraba. No fué la menor de sus virtudes la perseverancia frente a un ambiente que apenas le prestaba suficiente calor para vivir. En 1919 se retrasó cuatro meses la publicación de los *Annals* y se pensó en suspenderlos en vista de la indiferencia con que eran recibidos por los médicos catalanes. En el pórtico del primer número del año 1919, la Redacción se dirige a los lectores exhortándoles a interesarse por los *Annals*: «Amigo lector, para evitar el naufragio de *Annals*, de tu periódico, eres tú quien ha de cambiar prestándole una parte de tu afecto que hasta ahora le has negado. Las puertas de los *Annals* están abiertas de par en par; todo médico con buena voluntad tiene el derecho nunca discutido de ser recibido con fraternal aprecio. Te esperamos.»

En 1921 se cambió el título de *Annals de l'Acadèmia i Laboratori de Ciències Mèdiques de Catalunya* por el nombre de *Annals de Ciències Mèdiques*, que a su vez es substituído en 1928 por el de *Annals de Medicina*, Boletín mensual de la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas. El último número de los *Annals* fué el de marzo de 1936.

En suma, los *Annals* han sido siempre el *reflejo* fiel de la Corporación que los engendró. Su extensión y difusión han corrido parejas con la Academia. Cuando ésta ha sido pujante, también lo han sido los *Anales*; y cuando éstos arrastraban una vida lánguida, señal infalible que la Academia atravesaba una fase difícil. Pero en la fortuna y en la adversidad, los *Anales* han seguido a la Academia como la sombra al cuerpo y en sus páginas ha quedado archivada la vida de la medicina catalana durante los últimos 75 años.

Después de este esbozo a grandes rasgos de la perspectiva histórica de nuestra institución, quiero pasar a ocuparme de un tema que considero del máximo interés en estos momentos: el análisis de cual es *la función de nuestra Academia dentro de la vida médica catalana*, y no digo española porque la repercusión nacional de la vida de la misma presupone una previa y clara noción de su función local.

Esta cuestión de cuál es la función esencial de la Academia es, a mi juicio, de una urgencia verdaderamente vital y dictada por el instinto de conservación de la Academia. Alguien me objetará que esta función es sobradamente conocida, puesto que la estamos ejerciendo todos los días desde hace tres cuartos de siglo. Pero quien me haga esta objeción no ha comprendido el alcance del problema. Sin duda que todos sabemos cuál es la función de la Academia, pero lo sabemos de un modo impreciso y confuso; lo que interesa es tener de la función de la Academia una idea lo más «clara y distinta» posible en relación con los problemas de la hora presente.

Vamos a dividir el problema en tres aspectos. Al formularlos se desvanecerá definitivamente la sospecha de que vaya a entrar en una disquisición teórica. Primero, ¿cuál es la esencia de la Academia de Ciencias Médicas? Segundo, ¿cuál es la vida actual de la Academia? Tercero, ¿por qué los médicos no acuden con mayor asiduidad a la Academia?

Para contestar a la primera cuestión, es decir, para indicar cuál es la esencia de la Academia, la vía más fácil es la de decir aquello que la Academia no es, aún cuando mantenga con ella una relación más o menos estrecha.

Primera negación. *La Academia no es un laboratorio*. Esto quedó reconocido, no sólo al renunciar al nombre de Academia y Laboratorio, sino al considerar los organizadores del Cincuentenario como fecha de fundación, no la

del grupo de «El Laboratorio», sino la de la fusión con una Academia en 1878. «El Laboratorio» fué un episodio glorioso de la vida de la Academia, pero, en cierto modo, prehistórico; esto en la esfera de los hechos; en el orden de ideas, una Academia no tiene relación alguna con un laboratorio.

Segunda negación. *La Academia no es una biblioteca.* Por importante que sea la función de la biblioteca de Medicina de nuestra Academia, y no creo que nadie pueda encarecerla más que yo, por cuantioso que sea el presupuesto de la biblioteca y las atenciones de que es objeto en todos sus aspectos por parte de la Junta, es evidente que una Academia no necesita del requisito de poseer una biblioteca para ser reconocida como tal. En cierto modo la Academia y la biblioteca son dos instituciones distintas cobijadas bajo el mismo techo.

Tercera negación. *La Academia no es un Sindicato.* En efecto, el Sindicato se preocupa de la defensa de los intereses materiales de la clase médica; le incumbe el bienestar de los médicos, no el progreso de la Medicina; el médico pertenece a él de un modo predominante, aunque no exclusivo, como *homo oeconomicus*, en la acepción de Spranger. En cambio, en la Academia el médico figura como *homo theoreticus*, en la acepción del mismo autor, es decir, como hombre de ciencia. Los valores económicos no atañen en absoluto a la Academia.

Cuarta negación. *La Academia no es una institución docente.* A pesar de que en la Academia se dan numerosos cursillos, éstos constituyen, en cierto modo, una extralimitación de la Academia, justificadísima por razones prácticas y por tradición, a la que de ningún modo querríamos renunciar, antes por el contrario, acrecentarla todo lo posible; pero, no obstante, es algo accidental a la vida de la Academia. Todos perciben con claridad que sin cursillos la Academia sigue siendo Academia; la actuación docente de la Academia es un hecho eventual y sin duda meritorio, pero no es un atributo esencial de la función de una Academia. Entre la Universidad, o sea la Facultad de Medicina, y la Academia, no puede existir rivalidad alguna. Tienen una estructura y una misión absolutamente distintas. La Universidad está constituida por profesores y alumnos; la Academia sólo por comprofesores, como se decía antaño. En la Universidad, primordialmente se enseña; en la Academia se discute. En la Universidad existe una organización jerárquica; en la Academia, igualitaria.

Quinta negación. Esta diferencia parecerá posiblemente menos evidente que las anteriores. *La Academia no es una agrupación Médica cualquiera.* En todo caso, un grupo de médicos que se asocia para discutir problemas médicos y se constituyen en Corporación, merece, a mi juicio, el nombre de Sociedad, pero no el de Academia. Para que una Sociedad llegue a ser una Academia se necesitan dos requisitos: Primero. Que sea una institución máxima de prestigio conocido que sea tomada como ejemplo. En una ciudad como Barcelona, concibo que exista una Academia, a lo sumo dos. Segundo. Una Academia en este sentido que la doy, entrañando un juicio de valor, necesita, para serlo, contar años de historia. Bajo este punto de vista la Real Academia encarna la idea de Academia más acendradamente que nosotros. A quien objete que nuestra Academia nació Academia y Laboratorio, le diré que no creo que nada en el mundo nazca perfecto. Sólo en el mundo mitológico, Atenea nació perfecta de la cabeza de Zeus. En el mundo real todo está sujeto a la ley

inexorable del tiempo, y una Academia tiene su ciclo, como la vegetación. Una Sociedad llega a ser una Academia como un adolescente deviene adulto. Nuestra Academia nació con la aspiración de ser una Academia en el sentido estricto; sería interesante ver a partir de qué momento de su vida consiguió llegar a serlo.

En suma, por la vía de la negación llegamos a una definición *positiva* de lo que es una Academia de Medicina: *una agrupación de médicos con igualdad de jerarquías entre sus componentes, con finalidades exclusivamente científicas puestas al servicio del progreso mediante la libre exposición y discusión de ideas y hechos que se conceptúan nuevos en el campo de la Medicina, y que por la labor realizada y por los años de existencia ha adquirido una función rectora dentro de la vida médica.* Enmarquemos esta definición dentro del *hic et nunc* de la vida médica barcelonesa y tendremos la fórmula de nuestra Academia.

Descendamos en cierto modo del orden de las ideas al de los hechos y pasemos a contestar la segunda pregunta, que ya no cabe concebir más concreta. ¿Cuál es la vida actual de nuestra Academia? En ciertos aspectos, más pujante que nunca. Aumenta constantemente el número de socios; se crean nuevas Asociaciones filiales; su actividad es incesante, a ratos casi febril; el número de comunicaciones es elevado; su calidad, reconocida como selecta; las discusiones, de alto nivel, no desmerecen de las de antaño, cuando un ROBERT, un ESQUERDO, un FREIXAS intervenían en la discusión académica.

Únicamente deja que desear la asistencia a las sesiones. Este hecho nos lleva a la tercera pregunta.

Pero, antes de pasar adelante, me interesa hacer constar que la asistencia numerosa a las sesiones no es imprescindible para la vida de la Academia. Nunca he sentido la grandeza de la Academia de un modo más impresionante como en aquellas sesiones desiertas en las que el disertante desenvuelve cuidadosamente sus papeles y, con la solemnidad de quien cumple un rito, lee su trabajo sin omitir una tilde. Yo diría, *mutatis mutandis*, que así como al Santo Sacrificio de la Misa nada le resta ni nada le añade la presencia más o menos abundante de fieles, así también el espíritu de la Academia está presente por igual en las sesiones multitudinarias como en las solitarias. En estos casos me ha parecido que la voz del orador se hace más solemne, como si hablara a un auditorio invisible. Nunca como en estos momentos parecen adquirir mayor relieve las cabezas egregias de los antiguos presidentes cuyas efigies contemplan perpetuamente nuestras sesiones.

Ahora bien, que la asistencia de académicos a las sesiones no sea absolutamente esencial, no significa que sea indiferente. Todo lo contrario. El gesto de dar una conferencia en una sala desierta es un gesto heroico, pero no puede repetirse todos los días. Sin el auditorio, el momento de la discusión, que, a mi juicio, es el culminante de la vida académica, no puede desplegarse ampliamente, aunque, por lo menos bajo la Presidencia actual, no deje nunca de verificarse. En efecto, nuestro presidente parece haberse impuesto como un deber velar por que estas comunicaciones no queden en monólogo, sino que rematen en diálogo, interviniendo en ellas con aquella docta maestría que no por habitual deje de resultar admirable.

En todo caso, ¿quién negaría lo *gratisimo* y reconfortante que es para el amante de la Academia ver las sesiones frecuentadas y las discusiones nutri-

das e incluso apasionadas por ansias vehementes de desvelamiento de la verdad? Nosotros deseáramos que los médicos catalanes, conscientes de que uno de sus más legítimos timbres de gloria es una institución como nuestra Academia, acudieran a ella con el mismo entusiasmo con que, cuando estudiantes, acudían a las aulas universitarias; que comprendieran que el verdadero hogar científico de un médico adulto es la Academia; que se dieran cuenta de que sólo en la Academia pueden adquirir la personalidad del médico maduro, su definitivo perfil y que, imitando a los compañeros de países que tal vez poseen mayor conciencia colectiva, poblaran nuestra sala de sesiones.

Este llamamiento que yo hago lo hace constantemente la Academia con su mera existencia. ¿Por qué no es más escuchada la llamada de la Academia?

No creo que el factor principal sean las condiciones personales de los académicos abstencionistas. Un análisis psicológico nos descubriría que una de las causas más frecuentes de ausencia es cierta modestia o timidez que, a veces, no sólo encubre un verdadero mérito, sino que lo confirma. En otros casos pueden intervenir otros factores, pero lo esencial, a mi juicio, es, como ya he dicho al principio, el hecho de que la grandeza de la Academia no nos es a todos consciente como debiera. Enaltezcamos la *idée-force* de la Academia los que realmente la amamos, procuremos que resplandezca como claro cristal y no dudemos que, tarde o temprano, vengan a incorporarse nuestros restantes hermanos asclepiades. Por otra parte, no olvidemos que si, como dijo el poeta, para la eternidad los siglos son minutos, para la vida presumible de nuestra Sociedad forjada para pervivir en las generaciones, los 75 años que cuenta de existencia no pueden significar otra cosa que años de juventud y de incesante crecimiento.

Como fuí Bibliotecario de la Academia

Por el Dr. P. Martínez García

Se me piden, para este 75.º aniversario de la Academia de Ciencias Médicas, algunos datos sobre mi actuación en la marcha de la misma. Mis recuerdos sobre nuestra Academia son muy persistentes y acendrados, cosa bien natural si se tiene en cuenta que son añoranzas de toda mi juventud, es decir, de lo mejor y más feliz de mi vida y de lo más puro y generoso de mi espíritu. Por eso no he querido disimular la espontánea sensibilidad de estas líneas.

Entré como socio en la Academia durante el primer Curso de la Carrera. En aquélla empecé a estudiar las extensas y, para nosotros, inacabables lecciones de Anatomía. Las colecciones, muy completas y convenientemente repetidas, de huesos nos facilitaban extraordinariamente el estudio de los mismos, y recuerdo, también, un famoso *hombre elástico* en el que comprobábamos, especialmente, las relaciones musculares y viscerales, originando todo ello un *descuartizamiento* imponente del *hombrecito* de cartón, lo que malhumoraba al entonces conserje de la Academia, el inolvidable señor Sánchez, debido a que cada noche había de perder bastante tiempo para reponer en su justo lugar los numerosos *músculos* y *visceras* que nosotros habíamos dejado desordenadamente sobre las mesas. Pero aún se disgustaba más cuando nos sorprendía colocando despiadados *swings*, *directos* o *uppercuts* sobre la cabeza del indefenso muñeco convertido en *putching-ball* por nuestros combativos impulsos juveniles.

Mis principales recuerdos como socio de la Academia se relacionan con su biblioteca. Desde un principio ella se llevó todas mis preferencias. En ella se fueron *hipertrofiando* mis aficiones bibliofílicas —que tanto me han dominado luego—, y me pasaba largas horas entre sus estantes un poco modestos, entonces, en su contenido, leyendo o simplemente hojeando todo lo que encontraba en una curiosidad nunca saciada, sino, al contrario, avivada por los horizontes que iba descubriendo.

La biblioteca carecía entonces, no tan sólo de bibliotecaria, sino de un buen catálogo. Existía el cargo de bibliotecario, pero sólo para los efectos de la Junta Directiva, pues el *equivalente* de bibliotecaria era el citado conserje, y el *substituto* del catálogo era la memoria de aquél. ¡Había que ver el cuidado, el celo, la buena voluntad de aquel conserje insuperable que fué el señor Juan Sánchez —de tan grata memoria para todos cuantos socios llegamos a conocerlo —ponía en el cuidado, vigilancia y registro de cuantos libros poseía o ingresaban en la biblioteca! Aún recuerdo mi curiosidad ante unas intrigantes C. R. o D. R. que figuraban en la etiqueta colocada en el envés de las cubiertas de los libros, en la que figuraba, además, el número de orden correspondiente. Cuando después de bastante tiempo creí tener confianza su-

ficiente, me decidí a interrogar al señor Sánchez sobre el pequeño detalle que tanto me intrigaba y que él aclaró instantáneamente al revelarme que ello significaba: «Comprado. Registrado» y «Donativo. Registrado».

Como hemos dicho, no existía entonces bibliotecaria, y los socios utilizábamos los libros de la Academia o bien porque debido a su frecuente uso ya conocíamos su situación o bien acudiendo a la orientación que pudiera darnos el señor Sánchez, verdadero *patrón* de nuestra entidad durante muchos



años. Al cabo de unos cuantos mis continuas pesquisas por estantes y anaqueles me dieron un conocimiento absoluto de todo cuanto a la biblioteca se refería, y de la que tenía, no sólo un recuerdo mental, sino *visual*. Me refiero a que en un momento dado, al preguntarme por un libro determinado, no sólo conocía su existencia, sino que me representaba su situación *topográfica* en el salón de la biblioteca y los caracteres de su formato. El conserje apercibió muy pronto estas posibilidades mías, y como el aumento de libros en la Academia puso en grave aprieto su labor de bibliotecario improvisado, recuerdo vivamente cuando recurría a mí preguntándome si conocía tal o cual obra que un socio acababa de pedirle, y cómo yo, después de breve meditación, le respondía: «Sí, lo tenemos; está entrando a la derecha, en un estante a la altura de sus ojos poco más o menos. Es un libro de lomo fino y alargado...». ¡Feliz época aquella en que podía ocuparme de tales minucias!

Estas aficiones de mi tiempo de estudiante, es decir, de mi época de socio agregado, había de llevarme a mi principal cargo durante los primeros años de socio numerario. La biblioteca aumentaba rápidamente su contenido. Las demandas incesantes de una juventud estudiosa y la riqueza bibliográfica cada

día más notable en los principales países, iba haciendo, no sólo difícil, sino imposible conseguir sin un buen índice, perfectamente ordenado, el contenido de aquélla y sin un capacitado director de la misma. La evidencia de esto impuso el nombramiento del primer bibliotecario que pudiéramos llamar *activo* de nuestra Academia, cosa que tuvo lugar hacia el año 19..., y siendo yo designado para tal cargo. Apenas posesionados del mismo, procedimos a enriquecer cuanto pudimos el número de revistas que se recibían y a conseguir un mueble *ad-hoc* para tener ordenados a la vista los distintos números del año en curso para facilitar su consulta. Simultáneamente expusimos a la Directiva de la Academia la necesidad absoluta de disponer de una biblioteca capacitada para llevar, con el orden y la atención debidos, todo el material bibliográfico que, en progresión rápidamente creciente, ingresaba en nuestra biblioteca. De aquella época es también la creación del libro de *demandas*, en el que los socios podían dejar constancia de sus deseos de adquisición de nuevas obras. Sus características persisten en el que hoy conocéis.

Mi conocimiento antiguo de la biblioteca y mi afición por todo cuanto a libros se refería, hizo que mi designación como bibliotecario no sólo constituyera un *cargo* para mí, sino una agradable ocupación. La escasez de mi clientela en aquellas épocas de inicios profesionales me permitía pasar largas horas en la Academia, dedicado especialmente a procurar todo lo posible el enriquecimiento de su biblioteca, pues me parecía estar en lo cierto cuando auguraba --para mí-- la rápida desaparición por insuficientes e innecesarios de los distintos laboratorios que ya sólo por tradición casi sentimental funcionaban en la Academia y al predominio absoluto de aquélla en la utilidad y eficacia social de nuestra Agrupación. Poco perspicaz era necesario ser para ello, pues aquellos laboratorios que habían integrado el nombre primitivo de nuestra Sociedad sólo tenían como razón de ser la insuficiencia de la antigua Facultad de Medicina para una enseñanza práctica conveniente, por lo que al mejorar mucho esta circunstancia se hacían innecesarios.

Carente de todo otro mérito fué, sin duda, sólo esta asiduidad y cariño míos por nuestra biblioteca lo que hizo que fuéramos reelegidos cuatro veces consecutivas para el citado cargo, al término de cuyo plazo renunciemos a continuar en él, creyendo que durante aquellos ocho años habíamos podido dejar bien sentadas las bases de la reorganización de aquélla. Habíamos conseguido la ordenación de sus libros según la Clasificación decimal de Bruselas y la formación de catálogos muy completos en que se agrupaban las obras por orden alfabético de autores o de materias como —a pesar de lo elemental del hecho— no se había conseguido hasta entonces en la Academia.

Todo ello representó, en aquellos comienzos, mucho tiempo y verdadera devoción. De ambas cosas podíamos disponer entonces y las dedicamos con entusiasmo a la obra que habíamos emprendido. Entre mis familiares se comentaba que yo iba con más *facilidad* a la Academia que a mi casa, y era verdad, porque en aquélla pasaba más horas que en mi propio hogar. Parodiando al clásico podría decir que *nada de la biblioteca me era ajeno*.

* * *

Cuando en este 75.º aniversario de nuestra entidad, de esta Academia de Ciencias Médicas, conmemoramos con insoslayable emoción años juveniles gas-

tados, en gran parte entre sus paredes, adiestrándonos en las lides académicas con la asistencia a sus sesiones científicas y, sobre todo, aprendiendo en los libros que gracias a ella podíamos consultar, tantos y tantos conocimientos fundamentales para nuestra carrera científica, no podemos por menos que reconocer una deuda de gratitud, deuda que, por lo modesto de mi nombre, sólo puedo pagar con la expresión pública de mi respeto, de mi agradecimiento y de mi íntima y ferviente adhesión de siempre.

Mis recuerdos del Hospital de la Sta. Cruz

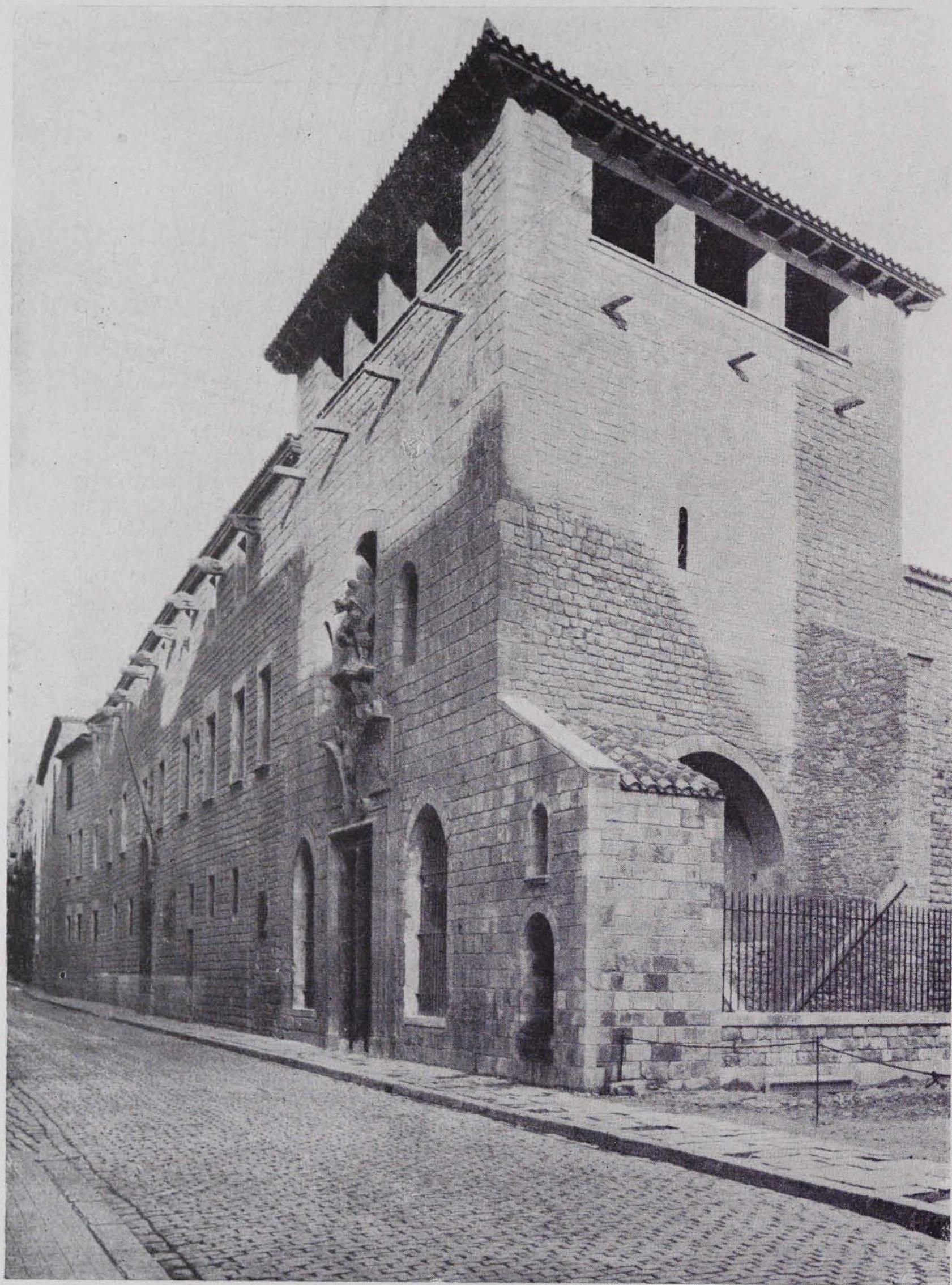
Por el Dr. Francisco de A. Estapé

En este jubileo para la conmemoración del 75.º aniversario de la Academia de Ciencias Médicas de Barcelona, he aceptado gustosísimo la invitación de evocar en breves líneas, entre mis recuerdos, el del viejo Hospital de la Santa Cruz. Cuando hoy contemplamos con emoción las venerables piedras que vemos resurgir como el segundo barrio gótico de la ciudad, el bellísimo barrio de Santa Cruz y de la Casa de Convalecencia, comprendemos que nuestro Hospital, cinco veces centenario, aparte de su función asistencial, ha de haber desempeñado un papel importantísimo en la historia de la cultura médica de nuestro país y de sus instituciones. Desde este punto de vista entre el Hospital y la Acedemia, puede afirmarse que se ha ejercido una influencia recíproca.

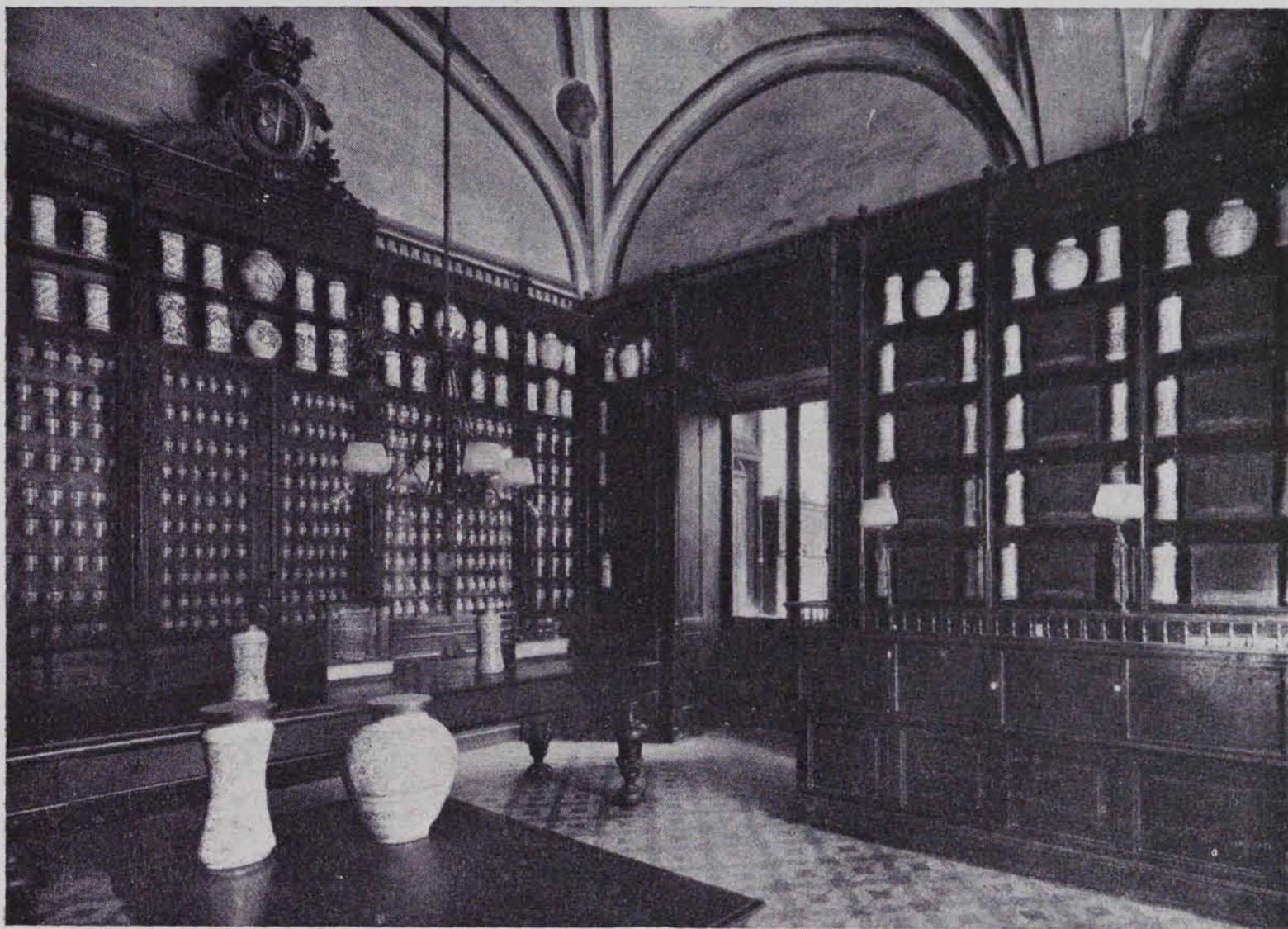
Los orígenes del Hospital. — Un viejo pergamino de principios del siglo xv atestigua que los orígenes del Hospital se remontan al año 1401. Este pergamino contiene las letras apostólicas del Papa Benedicto XIII, el Antipapa Luna de Avignón, en las cuales se confirmaban los acuerdos del Cabildo episcopal y del Consejo de Ciento decidiendo fusionar los Hospitales *d'en Colom* y *d'en Vilar* o de San Maciá, administrados por el Cabildo, y los del *d'en Pere Desvilar* o de Santa Marta y *d'en Marcús*, regidos por el Consejo de la Ciudad, y construir en el sitio en que estaba emplazado el primero de ellos un magnífico y espacioso Hospital que se llamaría Hospital General o Casa de Santa Cruz. Al nuevo Hospital debían ser incorporados inmediatamente después, el de leprosos (*Masells*) de Santa Margarita del Cabildo y el de Santa Eulalia del Campo, construido extramuros de la ciudad, por la Orden de San Agustín.

En el curso de los siglos, el Hospital de la Santa Cruz fué engrandeciéndose por los legados y dones de la caridad pública y privada, la enumeración de los cuales sería interminable, hasta llegar a su estructura actual, como resultado de la unión del viejo Hospital con el Hospital de San Pablo y de su emplazamiento en el sitio en que se contruyó este último, recibiendo el nuevo Hospital el nombre de Hospital de la Santa Cruz y San Pablo.

La Escuela del Hospital de la Santa Cruz. — A fines del año 1929 tuvo lugar el cambio que acabamos de indicar. Como a principios del mismo año yo había recibido la investidura de médico numerario, mis recuerdos se refieren a los tiempos del viejo Hospital de la Santa Cruz. En 1907, el mismo año de la terminación de mis estudios universitarios, la Facultad de Medicina, con



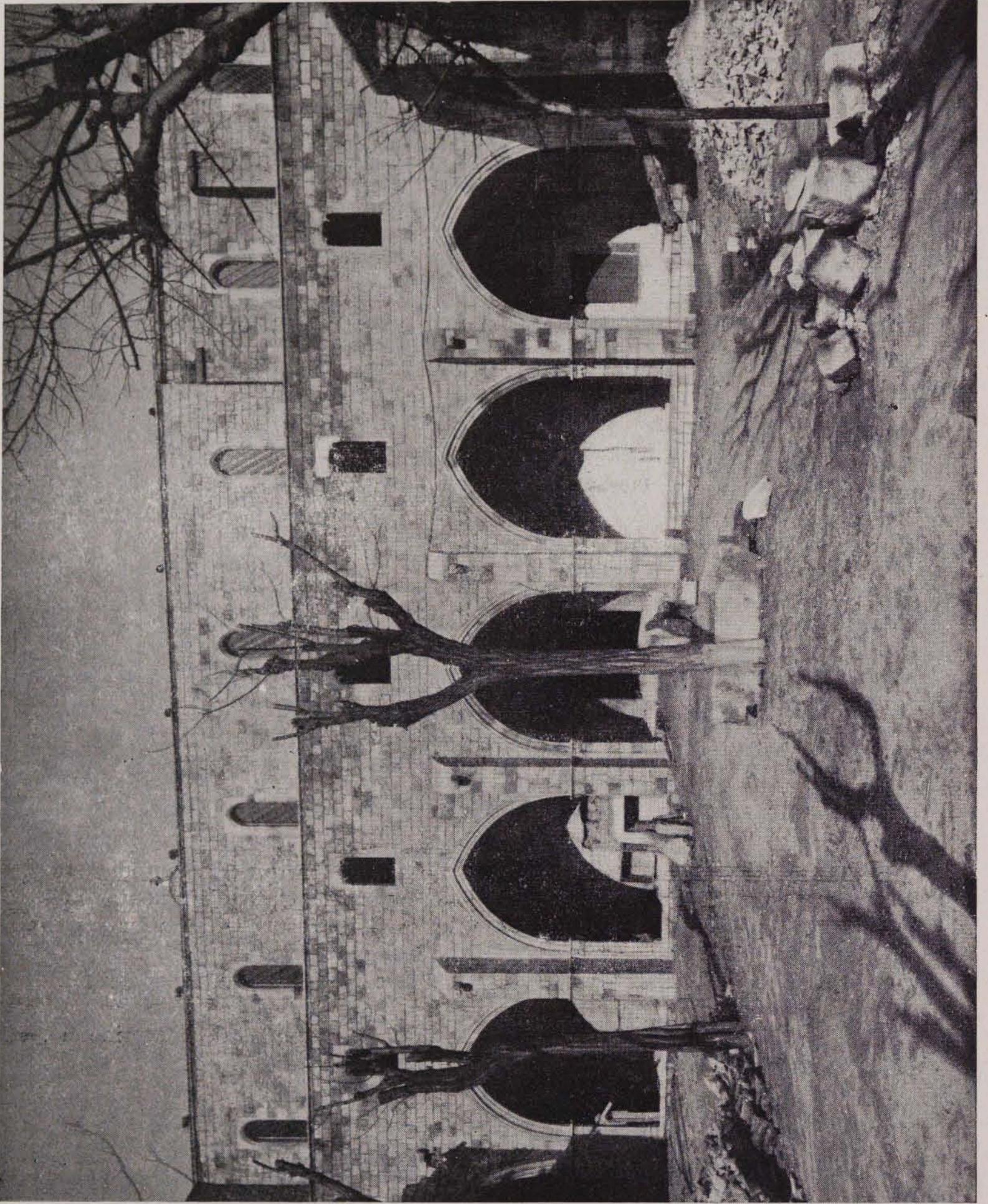
sus Clínicas, alojadas hasta entonces en nuestro Hospital, se trasladaron a los nuevos edificios que ocupan actualmente. Yo pude decir que, como muchos de los hombres de aquella época, apenas percibimos el tránsito. Los años más fecundos de nuestra instrucción y educación de postgraduados transcurrieron entre los mismos muros. En aquellas grandes salas de enfermos, con su cuádruple hilera de camas, cabeza y pies a cada lado de la sala, fué desarrollán-



dose nuestra formación de médico de Hospital, en parte como autodidacta, pero también por la influencia, el consejo y las enseñanzas de eminentes médicos de entonces, que estaban al frente de los Servicios hospitalitarios y que constituían la Escuela libre del Hospital de la Santa Cruz.

De estos maestros míos debo citar al doctor JUAN FREIXAS, al doctor MANUEL HERNÁNDEZ LUNA y el doctor PEDRO ESQUERDO.

El doctor JUAN FREIXAS, del cual yo fuí el interno desde un principio, era un reputado internista que excelía en la exploración de los enfermos, entonces reducida a los métodos estrictamente clínicos, de valor indudablemente innegable, a pesar de sus limitaciones y de sus exageraciones. Pero lo mejor del doctor FREIXAS era su influencia estimulante, su amor al oficio en lo más noble de este sentimiento, el amor al Hospital como medio de superación, de un modo desinteresado, sin fines utilitarios. Todos recordamos aquellas sesiones clínicas al anochecer, a la luz de una vela, en la penumbra de la inmensa sala, al azar de los casos, sin programas, sin matrículas y sin propa-



ganda. En estas sesiones alrededor de una cama acudía todos los días un nutrido grupo de médicos afanosos de aprender y gustar este verdadero juego de la medicina.

Del doctor HERNÁNDEZ LUNA puedo decir que, sin haber sido su interno, su personalidad ejercía sobre mí una gran atracción, y siempre que me lo permitían mis deberes hospitalarios, yo iba a las sesiones clínicas de este excelente internista, que rivalizaban con las del doctor FREIXAS. El doctor HERNÁNDEZ LUNA se distinguía por su modo de hablar, por el arte del bien decir. La exposición de un caso clínico y sus comentarios eran un modelo de claridad, de finura de lenguaje, sin la menor afectación. Aparte de las enseñanzas, su magisterio era un motivo de auténtica delectación.

Algunos años más tarde yo fui médico asistente del doctor PEDRO ESQUERDO. Por aquel tiempo, en el segundo decenio del siglo actual, en uno de estos momentos de autodidactismo, me dediqué al estudio de un nuevo método de examen del aparato circulatorio, la esfigmomanometría, recientemente incorporado a la Clínica y que fué el tema de mi tesis de doctorado. Al volver de Madrid, en 1917, el doctor ESQUERDO se interesó mucho por mis trabajos, favoreciéndome con su simpatía y atrayéndome como asistente de su prestigioso servicio. Era un clínico reputadísimo. Era un gran conocedor de las enfermedades, pero conocía aún mejor a los enfermos, a las gentes y a los mismos médicos. Yo creo que el doctor PEDRO ESQUERDO, sin saberlo, fué el gran precursor de la Medicina psicosomática.

A todos estos maestros y amigos citados quiero tributar el homenaje de un recuerdo agradecido.

La campana de los médicos. — Durante unos meses, desde mi nombramiento de médico numerario hasta el traslado del Hospital, pude gozar todavía del viejo privilegio del toque de campana que anunciaba la llegada de los médicos numerarios al Hospital. Todas las mañanas, de 8 a 9, cuando el médico remontaba los primeros peldaños de las escaleras, con nuestros nombres el son de una campana echada al vuelo, retumbaba por todo el ámbito del patio del Hospital.

Aunque no se decía, esto nos halagaba profundamente y nos hacía el efecto de un homenaje. Sin embargo, como en todo toque de campana, en el fondo de el supuesto homenaje existía un acto coercitivo que nos obligaba a madrugar, porque desde las 9 no había campana.

La sala de Santo Tomás, llamada dels Dolors. — La sala *dels Dolors*, de mi servicio, era una sala cuadrangular, no muy grande, a la derecha de la gran sala de San Pedro. En lugar de arcadas góticas, tenía un techo plano artesonado, unos magníficos azulejos con cuadros de la Pasión y dos grandes ventanales en la pared de Levante a ambos lados del altar, abriéndose sobre el viejo Mercado de la Boquería. En esta sala había una miscelánea de enfermos de diversas procedencias, cuyo denominador común era una incapacidad física absoluta y cuyo tiempo de permanencia en el Hospital oscilaba entre 5 y 25 años. Ninguno era capaz de abandonar el lecho, pero era curioso ver las posibilidades de adaptación a que había llegado. Un tabético, cuando se reunían fondos, sabía cocinar una magnífica paella en la misma cama. Una vez se produjo una aportación en especie en forma de una cándida paloma que entró en la sala y fué capturada por uno de los enfermos. Por aquel tiempo, en un pequeño laboratorio de la sala, yo me dediqué al estudio del fascículo de His,



disecando corazones de ternera, que un mozo me traía no sé si del mercado o del matadero. Después supe que estas piezas anatómicas, después de servir a los fines científicos, eran aprovechados para fines culinarios.

El guardia Montero. — El guardia Montero hablaba a la perfección el gra-



cioso argot castellano-catalán de aquel famoso tipo de guardia municipal que hacía las delicias de la gente en los portfolios y revistas teatrales de la época. La principal misión de los guardias municipales era ahuyentar, sin gran malicia, a los vendedores ambulantes que pululaban alrededor de los mercados. El guardia Montero había sido destinado al Hospital, no se sabía cuándo, y era algo consubstancial con el venerable establecimiento. Aparte de mantener

el orden en el patio, servía para todo. Tocaba la campana de los médicos, ayudaba al transporte de enfermos en camilla y, de gran gala, montaba la guardia de la custodia en la procesión del Corpus del Hospital. Aunque no abusaba, cuando se encontraba mal ingresaba automáticamente como enfermo de



honor. Nos recitaba su biografía en unos versos deliciosos. Probablemente se murió de pena ante la idea del traslado del Hospital.

El Hospital y la Academia. — Las relaciones del Hospital con las otras instituciones culturales de nuestro país se han manifestado en formas diversas. No hace muchos años la Facultad de Medicina nombró profesores agregados a algunos médicos del Hospital, los doctores ESQUERDO, CORACHÁN, RAVENTÓS, profesor doctor MARTÍNEZ GARCÍA y doctor ESTAPÉ, cuyos Servicios

hospitalitarios se dedicaron a la enseñanza oficial. Pero las correlaciones más importantes han sido con la Academia. Fué el mérito de esta entidad, llamada, en un principio, Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de Cataluña, haber mostrado, primero que nadie, el valor de los trabajos de laboratorio en la exploración de los enfermos. Su meritoria iniciativa de instituir cursos prácticos de dichos trabajos fué seguida inmediatamente por nuestro Hospital y la misma Facultad de Medicina.

En el curso de estos 75 años la correspondencia entre el Hospital y la Academia se ha mantenido sin interrupción, beneficiándose mutuamente de sus actividades respectivas. Además, no es aventurado afirmar que el Hospital ha sido uno de los principales viveros de hombres de que se ha servido la Academia para la inmensa obra cultural desarrollada durante este tiempo.

Quiero recordar el papel ejercido en los memorables Congresos de Médicos de Lengua Catalana, la idea de los cuales surgió en la Academia por la voz de dos hombres eminentes: el doctor M. SALVAT ESPASA y el doctor RIBAS Y RIBAS, este último médico del Hospital. En la organización de dichos Congresos, la contribución de nuestro Hospital fué siempre destacadísima, sobre todo en los puestos de mayor responsabilidad, como en las Presidencias (doctores BARRAQUER, FREIXAS, RIBAS Y RIBAS, PUIG SUREDA) y Secretariados (CLOTET, GALLART, CORACHÁN, VILARDELL, ESTAPÉ), nombres todos procedentes del Hospital.

En los mismos puestos de responsabilidad para la marcha de la Academia, el Hospital ha proporcionado muchos de sus hombres más eminentes. Por otra parte, que se repase toda la obra cultural de la Academia en estos 75 años, cursos, conferencias, comunicaciones, artículos de los Anales de las mismas, y en este acopio de trabajos, el más considerable de la vida académica de Barcelona, los hombres de nuestro Hospital ocupan un lugar preeminente. Por último, que se examine el gran desenvolvimiento de la Academia en los últimos años, con su frondosa diversificación en veintiuna Asociaciones de especialidades y se reconocerá que estos mismos hombres han sido los principales impulsores de este movimiento que ha renovado por completo la vida de la Academia. Esta fecunda correspondencia entre nuestro Hospital y la Academia, ha podido realizarse porque, en el fondo, existe entre ambas instituciones una comunidad de ideales y de intereses que se completan felizmente.

